

Monseñor Romero y la verdad*

Jon Sobrino**

Introducción

A monseñor Romero lo llamamos “pastor, profeta y mártir”, y don Pedro Casaldáliga, a los pocos días de su asesinato, lo cantó como “santo”, “San Romero de América”. Son palabras certeras e insustituibles que lo definen con gran precisión¹. En esta ponencia, sin embargo, me voy a concentrar en el monseñor Romero “decidor de verdad”. Está relacionado con el monseñor “profeta”, pero tiene un significado más amplio. Y he elegido este aspecto de su persona para desarrollar el tema que me han pedido desarrollar: “Monseñor Romero y la verdad”.

La finalidad de la ponencia es ayudar a que, en el país y en la Iglesia –Monseñor fue salvadoreño y hombre de Iglesia–, “decir” la verdad sea cosa “real”, y ayudar a cómo decirla “bien”. Y también quisiera ayudar a que la digamos en la UCA. Estamos en el auditorio Ignacio Ellacuría, tantas veces lugar de verdad universitaria, cristiana, compasiva y arriesgada.

Voy a organizar la ponencia alrededor de lo que, hace muchos años, oí decir a un campesino: “Monseñor Romero dijo la verdad. Nos defendió a nosotros de pobres. Y por eso lo mataron”. El campesino comenzó por lo que en un primer momento más le debió sorprender de monseñor: “dijo la verdad”. Sin atisbos sistemáticos, continuó formulando magistralmente lo que hizo monseñor durante

* El presente texto es una reelaboración de la ponencia *Monseñor Romero y la verdad*, tenida en la UCA el 18 de marzo en el contexto del Festival de la Verdad.

** Director del Centro Monseñor Romero, UCA.

1. Esto lo doy por sentado, y así lo escribí en *Monseñor Romero*, San Salvador: UCA Editores, 2008.

su arzobispado: “defender al pobre”. Y con la misma clarividencia concluyó: “por eso lo mataron”. Según esto, dividiremos la ponencia en tres partes. Me alargaré en la primera, y a lo largo del texto ofreceré breves reflexiones para nuestros días.

Para monseñor Romero en el origen de todo estaba *su fe en el Dios de Jesús*, que se fue desplegando cada vez con mayor profundidad en sus tres años de ministerio arzobispal, de 1977 a 1980. E igualmente, *la realidad del pueblo salvadoreño*, la que, aunque en cosas fundamentales ya le fuese conocida, irrumpió de manera explosiva e inocultable desde el inicio de dicho ministerio. En medio de esa irrupción, el arzobispo Óscar Romero se topó con la *pobreza* del pueblo, producto de la injusticia, y con la cruel *represión* en su contra, que desembocaría en guerra. Y también se topó con su *esperanza* de liberación, la *entrega* de muchos y la generosa *realidad martirial*. Con libertad y agradecimiento, dejó que todo ello lo configurase y lo empapase por entero. “Dios y pueblo”, si se me permite lenguaje teológico, “sin separación y sin confusión”, se apoderaron de monseñor. Sin tenerlo en cuenta, pienso que no se entiende mucho de monseñor.

Las palabras del campesino también apuntan a lo que, según entiendo, dio origen al Festival de la Verdad en el que se enmarca esta ponencia, y sobre ello quisiera decir una palabra. Es evidente que, ante víctimas reales, el festival no puede ser “festejo”. Ciertamente, puede convocar, sobre todo a la juventud, y puede ayudar a unirnos apretadamente en sentimientos nobles. Pero ante todo, debe estar transido de compromiso –más algo de la necesaria conversión– y de agradecimiento a los mártires y víctimas. Cuando el festival es “de la verdad”, el canto no se puede reducir a “concierto para el deleite”, sino que debiera

ser más bien “ritmo para marchar” empujando una causa. Para los humanos, el caminar es esencial, como dice el profeta Miqueas 6, 8. Y para marchar *humanamente*, don Pedro Casaldáliga nos avisa: “haz del canto de tu pueblo el ritmo de tu marchar”². Ese canto del pueblo es lo que, en definitiva, debe resonar en la música y la letra del festival que celebramos estos días, elegidos, además, por ser días del aniversario del martirio de monseñor.

Una última reflexión antes de empezar. No sé qué diría hoy en concreto monseñor Romero en nuestro país y en nuestra Iglesia, pero pienso que sigue siendo muy útil recordar los “principios” que, hace treinta años, principiaron y configuraron su “decir verdad” para que configuren nuestro decir verdad, sin ingenuidad ni mimetismo. Y es necesario, pues no veo que hayan surgido otros principios que superen a los de monseñor –ni siquiera que se le acerquen– en eficacia para que triunfe una verdad que humaniza al país y cristianiza a la Iglesia. Por ello, aunque seguramente mucho de lo que voy a decir es conocido, pienso que recordarlo y actualizarlo puede ser importante.

1. Monseñor Romero “decidor de la verdad”

Así comenzó el campesino. Y en ello vamos a insistir, tanto para conocer a monseñor Romero como para ayudar a superar el lastimoso estado en que con frecuencia se encuentra la verdad en nuestro país. En los medios, hay silencios, encubrimiento, tergiversación, trivialización³. En los discursos del ámbito de la política y la economía, hay falsedades, ideologización a favor propio. Y también en el discurso religioso y eclesial prolifera el integrista, los silencios, devociones dulcificantes, infantilizantes. Algo hemos mejorado en “libertad de expresión”, pero no mucho en “voluntad de verdad”.

2. “Camino que uno es” en *Cantares de la entera libertad*, Managua, 1984, p. 47.

3. La trivialización crece a ritmo vertiginoso, fomentada por la megaindustria de la diversión: deporte de élite, todo tipo de espectáculos, y todo lo que los rodea. Además de su potencial alienante, priva de espacio y tiempo a noticias de realidades mucho más importantes, genera una escala de valores de lo que debe ser tenido o no en cuenta y, por su naturaleza, produce aire de inanidad que contamina lo que respira el espíritu.

1.1. Características del “decir verdad” de Monseñor

Como “decidor de la verdad”, monseñor Romero emitió juicios humanos y cristianos sobre la realidad, sobre toda ella, no solo la relacionada con la situación de los derechos humanos. Pero antes, dejó que la realidad hablara, y lo hizo de forma muy especial. Veámoslo.

a) *Monseñor Romero dijo la verdad “pública”, “vigorosa”, “insistente” y “repetidamente”*. La dijo en sus homilías⁴ de catedral y a través de la YSAX⁵, con lo que la verdad llegaba a miles de hogares –cuentan que aun a los cuarteles⁶–. Dijo la verdad, pues, “públicamente” –“desde los tejados”, como pedía Jesús–, porque el suyo era un mensaje de *salvación* para la polis, el país, no solo para las personas individuales, aunque esto siempre lo tenía en cuenta. E igualmente, porque la abominación que denunciaba –y la que veía venir– tenía sometido al país. La dijo “vigorosamente”, en correspondencia a la crueldad del asesinato y la mentira, y a la hondura de la entrega martirial. La dijo “largamente” para no mutilar la magnitud de la aberración, y el heroísmo de los pobres. Y “repetidamente”, pues la mentira y el encubrimiento aparecían a diario en la prensa escrita y hablada, con sus campos pagados de oligarcas opresores y represores. Por todo ello, dado lo que estaba en juego, preparaba con gran diligencia sus homilías y escritos.

El decir verdad de esta forma convirtió a monseñor Romero en figura “pública”,

referente obligado para el país, y muy pronto fuera de él, con un gran potencial para configurar la realidad salvadoreña –y para convertirse en blanco preferido de los poderosos–. Por su cargo de arzobispo ya era “personaje público”, pero, sin decir lo que dijo y cómo lo dijo, lo hubiese sido en medida discreta y sin influjo social importante.

Bueno será que hoy las Iglesias y las instituciones que tienen como instrumental fundamental la palabra recuperen el “decir verdad” público, insistente y vigoroso de monseñor.

b) *Monseñor Romero dijo la verdad “popularmente”, y en un sentido muy preciso*. En catedral hablaba ante el pueblo, cuya presencia era mayoritaria. Pero más allá del dato cuantitativo dominical, el destinatario primario de su palabra fue el pueblo. A monseñor le interesó “el país”, “la patria”, “la democracia”, y obviamente “la Iglesia”, pero lo que inspiró su palabra de verdad y le otorgó una dirección precisa fue ante todo la realidad del “pueblo”, sufriente y esperanzado⁷.

La palabra de monseñor fue “popular”, digamos *intrínsecamente*, porque en sus visitas a las zonas marginadas, pueblos y cantones, el pueblo entró en su corazón y en su mente. Así lo reconoció el mismo monseñor. Lo llamó su *maestro*: “el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo” (9 de septiembre, 1979) y su *profeta*: “siento que el pueblo es mi profeta” (8 de julio, 1979). Sin saberlo, los pobres y los campesinos eran coautores de sus homilías: “Entre ustedes y yo hacemos esta homilía” (16 de septiembre, 1979).

4. La edición crítica ha sido publicada por la UCA. *Homilías. Monseñor Óscar A. Romero*, I-VI, San Salvador: UCA Editores, 2005-2009. La primera homilía es del 14 de marzo de 1977 en la misa exequial del P. Rutlio Grande. Y la última, del 24 de marzo de 1980, en la eucaristía en que él mismo fue asesinado. Incluyendo índices y breves introducciones, suman un total de 3198 páginas.
5. De ahí su indignación cuando interferían y dinamitaban la emisora, y su diligencia en repararla. No lo veía principalmente como un ataque a la Iglesia, sino como un ataque al pueblo que anhelaba escuchar la verdad.
6. Se decía que se podía atravesar la ciudad en carro sin perder una palabra de sus homilías, retransmitidas por la YSAX, pues resonaban por todas partes.
7. Ellacuría dijo en forma programática que, junto a Dios, pilar transcendente, el pueblo era “un pilar histórico” en que se apoyaba monseñor. Y le “atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves”. En “La UCA ante el doctorado concedido a monseñor Romero”, *ECA* 437 (1985), 174.

Un ejemplo importante. En 1979, antes de escribir su cuarta Carta Pastoral “Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país”⁸, tema candente y delicado, envió un cuestionario a las comunidades pidiéndoles su opinión sobre el país y la Iglesia, y sobre contenidos importantes de la fe cristiana: “cuál es el mayor pecado del país”, “quién es para usted Jesucristo”, “qué piensa usted de la conferencia episcopal, del señor nuncio, de su arzobispo”... Y tomó en serio las respuestas. En la homilía de aquellos días dijo: “Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral” (6 de agosto, 1979).

Esto no supuso ignorar a otros ciudadanos ni ignorar las limitaciones y pecados del pueblo, los pobres y las organizaciones populares, aunque a estas las defendió con total convicción –lo que ahora solo dejamos constado⁹-. Pero era evidente su identificación con el pueblo, sus alegrías y sus sufrimientos. En lo personal, me impactó mucho el gran dolor con que hablaba “[d]el trágico espectáculo que se está ofreciendo en el país entre organizaciones fundamentalmente integradas por campesinos y campesinas que luchan entre sí y que últimamente están en pugna violenta”¹⁰. Y prosigue con honda tristeza: “A nuestra gente del campo la está desuniendo, precisamente, aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares”¹¹.

Es importante recordar este sentido de “lo popular” que tenía monseñor, pues se suele olvidar con facilidad. Para decir la verdad, hay que volver al pueblo, tener en cuenta lo que sienten y piensan los pobres. Y quisiera expresar un deseo: que la jerarquía de la Iglesia volviese a la tradición de las cartas pastorales de monseñor, cartas extensas, pensadas, abordando los problemas más acuciantes del pueblo, escritas con asesoramiento de personas cualificadas y expertas en lo que afecta al pueblo, difundidas y explicadas en homilías. Y preguntando antes la opinión del pueblo.

c) *Monseñor Romero respetó y apreció la “razón” del pueblo.* En sus homilías, monseñor pronunció frases llenas de unción, lapidarias e impresionantes, que se entienden por sí mismas sin necesidad de aducir argumentos¹², como es bien recordado. Pero queremos insistir en algo que nos parece importante y de lo que no se habla mucho. Monseñor Romero, al hablar al pueblo y para el pueblo, también argumentaba, pues estaba convencido de que el pueblo y lo que llamamos la gente sencilla eran seres humanos dotados de razón¹³. No le daba miedo que la usasen, y más le preocupaba un pueblo infantilizado. Y que a través de lo religioso y fantasías espiritualistas también la Iglesia fuese instrumento de infantilización¹⁴.

8. En *Cartas Pastorales y Discursos de Monseñor Oscar A. Romero*, Cuadernos Monseñor Romero n.º 18, San Salvador, 2007, pp. 107-169.

9. Véase lo que escribí en *Monseñor Romero*, op. cit. pp. 143-146.

10. “La Iglesia y las organizaciones políticas populares”, Tercera Carta Pastoral, 6 de agosto de 1978. En *Cartas y Discursos de Monseñor Oscar A. Romero*, op. cit., p. 76.

11. *Ibid.*

12. Son innumerables. “Esto es el imperio del infierno” (1 de julio, 1979), la denuncia. “Sobre este pueblo brillará la gloria del Señor” (7 de enero, 1979), la esperanza. “La gloria de Dios es el pobre que vive” (2 de febrero, 1980), la última verdad de Dios y la máxima delicadeza hacia el pobre. “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!” (23 de marzo, 1980), su última voluntad y exigencia.

13. Esto no suele ser muy tenido en cuenta en las campañas políticas ni muchas veces en la pastoral, ni en el trasfondo de actividades académicas. En las iglesias se sigue echando en falta.

14. Monseñor desmitificó una verdad religiosa petrificada, que provenía de costumbres centenarias. Podían ser beneméritas, pero no eran intocables. “Me da lástima pensar que hay gente que no evoluciona. Y recuerdan su colegio y quisieran un cristianismo estático como museo de conservación. No es para eso el cristianismo ni el evangelio” (21 de junio, 1979).

Por respeto a la “razón” del pueblo, más su propia convicción y sentido de responsabilidad, monseñor preparó muy a fondo, hasta altas horas de la noche, sus homilias dominicales. Lo hizo haciendo uso de estudios serios de teología bíblica, del Vaticano II, Medellín y Puebla, encíclicas de Juan XXIII y Pablo VI, de teología, también la de la liberación, y de la doctrina social de la Iglesia. No repetía palabras piadosas etéreas y comentarios bíblicos inofensivos, lo que ocurre, por ejemplo, cuando no se distinguen los géneros literarios de la Biblia, unos más cercanos a la historia de Jesús, otros a la fantasía. Y por lo que toca a la realidad del país, tanto en las homilias como sobre todo en las cartas pastorales, la exponía y explicaba con análisis rigurosos, tras consultas a economistas, sociólogos, analistas políticos, expertos en la religiosidad popular del momento, teólogos, abogados, miembros del Socorro Jurídico... Y arriesgaba, con paz, que, al educar al pueblo con razones, pudiese peligrar la tradicional obediencia a la jerarquía, al menos de palabra, y la deseada seguridad que puede proporcionar la religión.

En el fondo de todo, estaba su convicción de que los pobres “usan la razón”, de una manera suya, propia, aunque a veces desconcertante para quienes no somos pobres. Y sobre todo estaba convencido de que, en lo fundamental, los pobres “tienen razón”. Así lo pensó también Ellacuría, y sacó las consecuencias para la misión de la universidad. Esta “debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón”¹⁵. La Iglesia –pienso que diría monseñor Romero– debe encarnarse entre los pobres cristiana, pastoral, litúrgicamente, con apoyo y misericordia. Y también razonadamente, para ser así el apoyo cristiano y

teológico de los bendecidos con la predilección de Dios, aunque no sean conscientes de ello y no cuenten con argumentos teológicos para legitimar esa verdad.

Monseñor usó la razón, y le pareció muy bien que el pueblo la usara. Hoy el peligro de devociones obsoletas, de infantilización, cuando no de integrista, es real. Hay que respetar la inteligencia de todos, pero no hay que manipular la razón de los sencillos para mantener con vida una institución eclesial debilitada. Para ello bueno será recordar la actitud de monseñor Romero. Dijo la verdad cristiana “en la Iglesia”, pero no una verdad petrificada, que provenía de costumbres centenarias que pueden ser beneméritas, pero no intocables.

d) *Monseñor Romero, al decir la verdad sobre las víctimas, lo hizo con escrupulosidad y de forma entrañable.* En su tiempo, la represión era espeluznante en magnitud y en crueldad, lo que lo llevó a “decir la verdad” de una manera muy especial. Fue pionero, pienso, de algo que después ha sido aceptado con aprobación, y aun con entusiasmo, por los defensores de los derechos humanos. Me refiero a “la memoria histórica”, que exige el esfuerzo consciente de grupos humanos por entroncar con su pasado, valorándolo y tratándolo con especial respeto, sobre todo a las víctimas.

Solo quiero hacer una breve reflexión para hoy. Monseñor, en sus homilias, mencionó, *cuantitativamente, todos y cada uno de los nombres* de las víctimas de la semana, y las matanzas y masacres que habían ocurrido. En cuanto tenía noticia, mencionaba además quiénes fueron los victimarios, a qué cuerpo de seguridad o cuerpo militar o paramilitar pertenecían, las circunstancias precisas de lugar y tiempo. Mencionaba a los familiares de las víctimas, y lo que para él fue fundamental, en qué situación de penuria quedaban. Exigía

15. Discurso de graduación en la Universidad de Santa Clara”, *Carta a las Iglesias* 22 (1982) 14.